

## DE LIBROS

● Humor sabio entre el 'bildungsroman' alemán y la más tradicional picaresca española, que ha sido premiado con el Ciudad de Torremolinos

## Una novela "de risa"

## EL TESORO DE JUAN MORALES

Antonio Hernández. Editorial Carpe Noctem. Madrid, 2016. 260 páginas. 21 euros

## Juan Villa

Igual que en lengua alemana —que bautizó el género para los manuales: *bildungsroman*— este tipo de novela solía, en sus orígenes al menos, ser grave, sesuda y algo tristonja; en nuestra lengua nació bajo el palio del humor, un humor para nada frívolo o intrascendente, un humor sabio y amargo que terminó por fraguar uno de los pilares básicos de la novela moderna: la picaresca.

Y un cóctel entre *bildungsroman* y picaresca es *El tesoro de Juan Morales*. Básicamente, del *bildungsroman* toma la intención general: el proceso de formación de un muchacho en un pueblo andaluz a mediados del siglo pasado; de la picaresca, la narración en primera persona y muchos de los perfiles de los personajes, por ejemplo el casorio del narrador-protagonista con una mujer "marcada", como Lázaro de Tormes. Igualmente habría que citar de entrada el explícito homenaje a la maravillosa *La isla del tesoro* de Stevenson, con la que, aparte de la del título, se dan curiosas y divertidas coincidencias.

El espacio en el que se desarrollan los acontecimientos es casi teatral ya que la mayor parte de ellos sucede en un lugar muy concreto: la fonda de José Medina, el abuelo del narrador. Es la tal fonda un auténtico patio de Monipodio, aunque quizás más quevedesco que cervantino, donde toda forma de expresionismo y surrealismo tienen asiento. En ella conviven dos categorías de personajes, los fijos y los transeúntes, a cual más extravagante, aunque se llevan los fijos la



El poeta, novelista y ensayista Antonio Hernández (Arcos de la Frontera, 1943).

palma, un hato de seres tullidos de alma y de cuerpo que fluctúa entre el esperpento de Valle-Inclán y las pinturas de exvotos.

Al margen de la rocambolesca anécdota del tesoro —que no deja de tener su gracia—, el interés se centra en los personajes, como en cualquier novela en realidad. Claro que sería contar y no acabar si nos pusiéramos aquí a citar siquiera a la mitad. En el lapso de tiempo relativamente corto en el que se desarrolla la historia, aparecen cuatro generaciones de posaderos, desde el fundador, José

Medina, hasta su biznieto, que, por exigencias de la trama, no llevará el mismo apellido que su antecesor carnal sino el de uno de los moradores fijos de la fonda: Juan Morales, el del tesoro, contrapunto del ínclito hostelero.

Hombres, mujeres, niños, ancianos, viajeros de comercio, un médico repesaliado, guardias civiles, cantaores gitanos, novilleros, poetas... y hasta un cura navarro aficionado a la *fiesta* desfilan en una parada tan cómica como amarga por el hospitalario local terminando por pintar un fres-

co vivo y desconcertante de un pueblo de una España que pasaba del gris al "enternicolor" gracias, entre otras cosas, al cine de verano —fresca ventana abierta al mundo— que monta el mismo José Medina en una plaza de toros portátil de su propiedad también y de la que también será empresario, todo un don Juan March de lo menudo este hombre.

Aunque sea Antonio Hernández uno de los poetas actuales más reconocidos en lengua castellana, hay que agradecerle que no haya escrito una novela de

poeta, cierto que su experiencia como narrador es larga, y se nota. Suelen los poetas subirse a la parrá con el estilo, ponerse estupefactos, colocar la palabra tan en alto que terminan por perder toda eficacia, como vestir a un bañista de frac cuando lo que necesita es un sencillo bañador o incluso dejarlo en cueros. El estilo de *El tesoro de Juan Morales* recuerda la literatura clásica española, la de la picaresca y la de Cervantes que llega hasta hoy pasando por Galdós y Cela entre tantos otros. Ajustado al tema que se trata y a la perspectiva desde la que se trata, un estilo que rezuma cierta jocosidad y que se ajusta como un guante a la narración.

Pero quizás lo mejor de la novela radique, al menos para mí, en que te hace reír, a carajadas a veces, algo muy difícil. Hacer llorar lo logra hasta el más rancio de los folletines, hasta el más torpe de los narradores, los resortes para el llanto los maneja el más tonto; con los de la risa hay que afinar, más que una habilidad es un don, un don que de manera tan misteriosa tanto abunda en Cádiz, cuna del autor, será por lo que llevan visto desde que aparecieron los fenicios haciendo el fenicio hasta hoy con el paro más abultado de Europa y ese puente descomunal que acaban de hacerle que espanta con su grandeza. Cádiz es pura hipertrofia, igual



que sus carnavales, como esta novela que solo podía haber sido escrita por un narrador del sur.

Como se decía de las geniales viejas películas del cine cómico —o se podría decir también del Buscón del incommensurable don Francisco de Quevedo— la de Antonio Hernández es una novela "de risa". Está más que justificado el Premio Internacional de Novela Ciudad de Torremolinos con que ha sido galardonada. A lo mejor es solo porque es difícil hacerlo, pero es una lástima que se escriban tan pocas novelas "de risa".

## Rafael Vargas presenta 'El sueño de Ícaro' tras recibir el premio Manuel Altolaguirre

## Redacción HUELVA

El escritor onubense Rafael Vargas, distinguido recientemente con el prestigioso premio mecenaz de la literatura andaluza Manuel Altolaguirre, presenta hoy su último poemario, *El sueño de Ícaro*, publicado por Editorial Niebla con motivo del citado ga-

lardón que el propio Vargas recibió el pasado 5 de junio en el Teatro Sierra de Aracena.

El premio Manuel Altolaguirre, que supone un reconocimiento a la labor del poeta onubense en el fomento de las letras andaluzas, es una de las grandes distinciones literarias que se conceden en todo el país. Es otorgada por la Asocia-

ción Colegial de Escritores de España (ACE), que representa a los creadores de las letras de mayor prestigio, y por cuya junta directiva han pasado destacados autores como Rafael Alberti, Carmen Conde, Luis Mateo Díez, Carlos Barral, Guillermo Carnero, Antonio Colinas, Félix Grande, Adolfo Marsillach, Carmen Posadas, An-

tonio Gómez Rufo, Paula Izquierdo, José María Merino o Raúl Guerra Garrido, entre otros muchos. Con este reconocimiento, el poeta onubense suma ya siete premios concedidos por escritores, entre ellos el del Centro Andaluz de las Letras a toda una vida y el que otorga la Asociación de Críticos Literarios de Andalucía.

Nacido en la aldea calañesa de Perrunal en 1939, su labor creativa es de una calidad singular y consta de más de veinte volúmenes sobre poesía social y comprometida, además de un par de poemarios a medias entre el erotismo y el amor. Su vida atraviesa por una descarnada lucha contra el cáncer que le entrega una visión frontal y lúcida con una carga vital y dura capaz de alcanzar cotas muy altas en la poesía española.

► **El sueño de Ícaro**, de Rafael Vargas, se presenta en la librería La dama culta a las 18:00.